
Don y desarrollo, bases de la economía

Gift and Development as Basis of Economy

RECIBIDO: 26 DE NOVIEMBRE DE 2009 / ACEPTADO: 28 DE ENERO DE 2010

Miguel Alfonso MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad de Navarra. Pamplona. España
mamecheva@unav.es

Resumen: El autor presenta algunas reflexiones y conclusiones que se pueden extraer de la lectura de *Caritas in veritate*, desde la perspectiva de la filosofía de la economía. En un primer momento se subraya, a la luz de la encíclica, la importancia de considerar el hombre como un don en sí mismo. A partir de ahí, se explica la concepción adecuada del desarrollo, también desde la óptica del don. Desde esas coordenadas, la teoría económica es interpelada para introducir la lógica del don y del amor en la comprensión de la acción económica, huyendo así del peligro de una racionalidad mutilada. En particular se sugiere la conexión entre don y contrato para hacer posible el auténtico desarrollo.

Palabras clave: Don, Desarrollo, Contrato, Economía.

Abstract: The author presents some reflections and conclusions that arise from the reading of *Caritas in veritate*, from the perspective of the philosophy of economics. Firstly, in the light of the Encyclical, he underlines the importance of considering the human person as a gift in him/herself. From this point onwards, it is explained the proper conception of development in the perspective of its being a gift. In this view, the logic of the gift and of love are introduced to our understanding of economic action, thereby avoiding the dangers of a harmed rationality. This suggests that there is a connection between the gift and the contract which will make authentic development possible.

Keywords: Gift, Development, Contract, Economy.

I. INTRODUCCIÓN

No es acertado pensar que a la hora de juzgar las llamadas encíclicas sociales los economistas lo pueden hacer desde el marco privilegiado de un supuesto conocimiento objetivo y autónomo. Con ese prejuicio, quizás sin pretenderlo y sin mucha conciencia de la superficialidad de esa postura, podría suceder que la llamada «opinión de los economistas»,

que no siempre coincide con lo que piensan los que verdaderamente entienden la naturaleza de la economía, acabaría por convertirse en juez último de la DSI.

Enfrentarse con el problema económico no es tarea sencilla, ni mucho menos está al alcance de todas las gentes. Se requiere un buen conocimiento de antropología, etnografía, historia, política, derecho, etc. En cualquier caso, conviene no olvidar que debajo de toda teoría económica hay una determinada concepción del hombre, de la naturaleza y de Dios, de la que no siempre se tiene mucha conciencia. Por eso resulta un tanto desconcertante que se le solicite a un economista que, manteniéndose «neutral» frente a la filosofía y la teología, lleve a cabo un supuesto juicio «técnico» sobre el contenido de una encíclica social. Adoptar esa postura no sólo denotaría un grave desconocimiento de la naturaleza de la DSI, sino también de lo que de una manera amplia podríamos llamar la historia del pensamiento económico¹.

Por eso constituye una honda y grata satisfacción comprobar que uno de los rasgos más destacables de la «Caritas in veritate» CV (cfr. CV 10, 14 y 19)² es adoptar una postura que contribuye a acabar con esa falsa y simplista imagen de la economía. Uno de los más graves problemas con los que se enfrenta nuestra cultura es precisamente el cerramiento de las ciencias sociales a la metafísica. Se puede decir que hoy día, salvo en contadas excepciones, resulta casi imposible establecer un diálogo fructífero entre personas que se dediquen a la economía o la sociología y los que se dedican a la metafísica o la teología. Esto no sólo es empobrecedor para las ciencias sociales sino también para estas últimas.

Se puede decir que la encíclica anima a superar ese auténtico terror que se ha extendido en algunos ambientes académicos a llevar adelante un diálogo sereno y profundo acerca de las realidades humanas más hondas. Un terror en gran parte responsable de un estilo de pensamiento superficial que, de modo

¹ En este sentido, y desde una perspectiva cultural mucho más amplia, que va más allá de la mera historia del pensamiento económico, puede ser muy instructiva la lectura de GILLESPIE, M. A., *The Theological Origins of Modernity*, Chicago-Londres: The University of Chicago Press, 2008, sobre los orígenes teológicos del pensamiento moderno, del cual la economía constituye su resultado más representativo y vertebral.

² Las referencias son síntesis de ideas que están presentes en muchos puntos de la encíclica, por lo que los números que se citan entre paréntesis son a título de orientación; el lector puede encontrar muchos otros puntos donde se exponen las mismas ideas. No es propósito del autor hacer un análisis crítico del texto, sino sacar algunas conclusiones personales que pueden ayudar a quienes se dedican al estudio del fenómeno económico a mantener una lectura más atenta de la CV.

paradójico, precisamente por esa misma apariencia de neutralidad frente a los temas de fondo, pretende presentarse como científico, o por lo menos, como lo políticamente correcto.

Ha llegado el momento de enfrentarse con este estado de cosas e iniciar una profunda renovación de las ideas, de acabar con temas tabú, de admitir preguntas incómodas sobre el fin del hombre, aunque muchas veces no sea fácil responderlas. No es posible seguir contentándose con un pudoroso silencio sobre esos temas cuando, por otro lado, todo el mundo sabe que, en el terreno de las llamadas ciencias del hombre, esas preguntas de algún modo han sido pretendidamente resueltas, o más bien escamoteadas, al incluirlas en lo que se toma por axiomas; y que por eso mismo, no se sabe bien por qué motivo, deben quedar fuera de toda discusión. Estas posturas intelectuales vergonzantes son las responsables de que con facilidad se caiga en esa especie de pereza mental que consiste en dejarse llevar por la pendiente de lo meramente procedimental o técnico, sin querer reconocer que por sí mismas son ciegas y necesitan ser guiadas por conocimientos más elevados.

Apuntando al corazón mismo de los problemas que sufre nuestra cultura, CV señala la urgente necesidad de acabar con esa falsa y artificiosa separación entre razón y voluntad, entre inteligencia y el corazón (cfr. CV 27, 31 y 32). Ha llegado el momento en que los saberes no pueden permanecer por más tiempo cerrados sobre ellos mismos. Para que los saberes humanos sean merecedores de ese nombre se hace imprescindible que estén relacionados entre sí. Resulta cada vez más urgente una nueva y más honda visión de la interdisciplinariedad, que no puede ser otra cosa que una integración ordenada de los saberes humanos.

En medio de una grave crisis económica de dimensiones universales, reflejo de una crisis cultural y social todavía más profunda, pero también de grandes oportunidades para toda la humanidad, la CV no tiene miedo a plantar cara a todo tipo de prejuicios y proponer una nueva manera de enfocar no sólo la economía, sino la totalidad de la acción humana (cfr. CV 21 y 23). Precisamente porque se trata de una crisis honda y extensa, porque está en juego no sólo el bienestar de la mayoría, sino la posibilidad de abrir a muchos el sentido de su propia vida, ha llegado el momento de proceder a una renovación radical de los modos de pensar el hombre, a partir de los cuales se construyen las ciencias sociales.

Mientras empieza a cundir el desánimo sobre las posibilidades de una sólida teoría social y económica, cuando no son pocos los que comienzan a po-

ner en duda la capacidad de los hombres para llevar adelante un orden internacional más justo, la CV propone ahondar hasta la raíz misma de los problemas, situar el misterio del hombre en primer plano, única fuente de donde puede brotar la solución a los graves problemas y retos con los que se enfrenta la humanidad en los comienzos del siglo XXI, que de modo secundario y sintomático se reflejan en lo que podríamos llamar problemas en el ámbito económico y financiero (cfr. CV 22, 24 y 25).

Como no podía ser de otro modo, la CV lleva a cabo, una vez más, pero con renovado brío, el anuncio gozoso de la grandeza de la misión que Dios ha encargado al hombre realizar (cfr. CV 78). Quiere recordar a todos que los planes de Dios de ningún modo se oponen a los del hombre, sino que son el único modo de que se lleven a cabo en la alegría de su plenitud. No habrá posibilidad de llevar adelante un más pleno y extenso desarrollo humano mientras no se reconozca que el impulso necesario para lograrlo proviene del insondable amor de Dios por los hombres. Se hace necesario esforzarse por llevar a cabo este anuncio, especialmente entre los que se dedican al cultivo de las ciencias del hombre, para que de ese modo sean muchos más lo que puedan descubrir el camino que une lo humano y lo divino, que no es otro que la persona de Cristo, donde alcanza su perfección la humanidad entera, la plenitud del don de Dios.

Con el optimismo propio e inseparable del mensaje cristiano, la encíclica proclama que la presente situación por la que atravesamos es una nueva llamada divina para descubrir y llevar a cabo el gran proyecto que Dios tiene respecto de la humanidad. El ardiente deseo de atraer todas las cosas hacia Él, no sólo no impide, sino que impulsa a un renovado empeño para que todos los pueblos puedan salir del hambre, la miseria, las enfermedades endémicas y el analfabetismo. Todos los hombres somos nuevamente convocados a poner un mayor esfuerzo en conseguir que la vida política de todos los pueblos se pueda desarrollar en libertad, paz y bienestar.

La evangelización de ningún modo frena o limita las posibilidades de promoción humana, sino todo lo contrario, esas posibilidades quedarán frustradas mientras no se produzca la aceptación sin reservas del misterio de Cristo. El mensaje cristiano de ningún modo se puede entender como una especie de «otromundismo», preocupado sólo por la salvación de las almas, ni tan siquiera como un moralismo, sino que se trata del único y verdadero humanismo, conocedor de que la santidad exige la perfección de todo lo humano. Por eso, aunque ciertamente la Iglesia no tiene soluciones técnicas, ni ésa consti-

tuya su misión, nunca ha cesado de impulsar a todos los hombres a llevar a cabo la plenitud de su vocación, lo cual no sería posible si se pretendiera ignorar las potencialidades que el mismo Dios ha puesto en todos y cada uno de los hombres. Forma parte del plan divino contar con lo que todos y cada uno de los hombres puede llegar a dar de sí.

En el presente trabajo no se pretende juzgar la CV desde algún tipo de visión de la economía, ni mucho menos juzgar las teorías económicas desde la perspectiva de la CV, sino extraer de ella algunas conclusiones que puedan ayudar a renovar y entender mejor el sentido y la finalidad de lo que llamamos actividad económica. Un objetivo que pretende dar acogida y continuidad al reto lanzado por la misma encíclica de que el momento que atraviesa la humanidad constituye una ocasión inmejorable para discernir y proyectar de un modo nuevo, lo que hasta ahora el hombre había pensado sobre sí mismo. Se quiere por tanto ayudar a buscar nuevos enfoques y puntos de partida desde los que se pueda contribuir a solucionar los cada vez más complejos y acuciantes problemas económicos. Casi no hace falta decir que, por supuesto, se trata de una modesta contribución a una tarea que sólo podrá ser llevada a cabo entre muchos, pero de modo especial entre los que nos dedicamos al estudio de los fundamentos filosóficos de la economía. Sólo con humildad y paciencia, con la ayuda del don maravilloso de la luz de una sólida doctrina, será posible abrir nuevos caminos hacia una mejor comprensión unitaria de las ciencias sociales.

La cuestión social se ha hecho global, no sólo geográfica, sino sobre todo antropológicamente; afecta a todo el hombre y a todos los hombres. Para poder sacar a los pueblos de la pobreza se hace necesario levantar más la vista, para apuntar a objetivos mucho más altos. En las actuales circunstancias no podemos conformarnos con devolver a los hombres lo que es suyo, pues de ese modo nos quedaríamos cortos, sino que ha llegado el momento de hacer planteamientos más ambiciosos, se requiere amarlos, servirlos en la caridad de la verdad. Algo que tiene especial fuerza para los profesores universitarios, ya que servir en la caridad de la verdad constituye la mejor manera de expresar de modo resumido la esencia de su empeño diario.

El presente trabajo se articula de la siguiente manera. En el primer apartado exponemos los aspectos más destacables de la visión del hombre que plantea la CV. Un punto esencial, pues sin el fundamento de una buena antropología resulta imposible construir una buena economía. En el segundo apartado se trata de poner de relieve los rasgos más esenciales del concepto de

desarrollo, que se siguen de esa visión del hombre. Finalmente, a partir de ese concepto de desarrollo trataremos de perfilar lo que podrían ser las líneas maestras de una nueva y más profunda reconstrucción del pensamiento económico. Como es patente, dada la limitada extensión del trabajo, sólo se recogen de manera muy resumida y esquemática aquellos aspectos que, a juicio del autor, serían los más relevantes para abrir nuevos caminos para una renovación del pensamiento económico, algo que por otro lado afortunadamente nunca ha dejado de estar presente en el empeño de todos los economistas.

Finalmente diremos que nos ha sido de gran provecho llevar a cabo nuestro estudio de la CV dentro del contexto más amplio de las otras dos encíclicas de Benedicto XVI, «Deus caritas est» (DCE) y «Spe salvi» (SS). A nuestro entender, en esas tres encíclicas se encierra el desarrollo de un ambicioso y muy bien fundamentado programa de cómo se entrelazan las tres grandes virtudes cristianas, a partir del cual llevar a cabo una renovada evangelización del mundo en que nos ha tocado vivir.

II. EL HOMBRE COMO DON

A la hora de enfocar el hombre, la CV lo hace desde la óptica del don (cfr. CV 1, 3 y 5). Algo que se sigue de la visión de Dios planteada en la encíclica «Deus caritas est». Hecho a imagen y semejanza de Dios, caridad en la verdad, el hombre únicamente puede ser entendido en toda su profundidad como don. Es decir, como alguien llamado a la existencia por el amor de Dios, que por eso mismo se siente interpelado en lo más hondo de él mismo, lo cual le impulsa a ser más, para, de ese modo, andar el camino que le conduce a su plenitud de libertad y felicidad.

Que el hombre encuentra su sentido en darse a los demás, en amar y ser amado, queda patente en el hecho de que sea precisamente la palabra, el don mutuo por excelencia, cauce de expresión del amor y la verdad, la que hace posible la unidad y plenitud de la humanidad. En el mismo lenguaje diario, la expresión «dar la palabra» expresa el compromiso de la propia entrega en el amor a la verdad. Nada resulta más repugnante, para Dios y para los hombres, que la mentira, la perversión de la palabra, introducida en el mundo por el padre de la mentira, que sembró el odio, la división y el homicidio.

Sólo ante la presencia de Eva pudo Adán darse cuenta de la plenitud del don recibido en él mismo, de que por fin no estaba solo, que su humanidad había sido finalmente completada, que se había abierto el diálogo que a lo lar-

go de la historia llevaría a la perfección y unidad de la humanidad. La aparición de Eva abre no sólo la posibilidad de la fecundidad biológica, sino que, sobre todo, hace posible la fecundidad de la palabra, la comunicación y la unión entre todos los hombres, por encima del espacio y del tiempo, que es lo propiamente humano. Es en este relato bíblico donde se hace patente que el amor de Dios al hombre se expresa en el amor entre los hombres, que de modo natural y primario brota y se apoya en la constitución misma de la familia.

Este modo de enfocar la naturaleza del hombre viene a ser respaldado por los logros más recientes de la antropología. Como ha puesto de manifiesto Marcel Henaff en un libro publicado no hace mucho³, se ha venido a confirmar la intuición de Marcel Mauss según la cual la fuente y origen de todos los procesos de socialización residen en el don y no en el intercambio, como se había pensado hasta hace bien poco. En el estudio de los rastros más primitivos de todas las culturas, se ha hecho patente que el vínculo social surge y se alimenta de la práctica del don ceremonial. Una práctica que únicamente tiene sentido entre los que se tienen por iguales, entre los que de algún modo son conscientes que se necesitan mutuamente para llegar a ser más plenamente, para afianzarse en su propia identidad. Una práctica encaminada al establecimiento y renovación de esa alianza que todos los hombres desean y que toma el nombre de paz.

Asombrosamente, a algo muy parecido a esa práctica del don ceremonial recurre la Biblia cuando quiere expresar la relación de Dios con su pueblo. Son frecuentes los relatos donde Dios comparece como el que toma la iniciativa del don, el que ha creado y dado vida a su pueblo, lo ha alimentado y fortalecido con bienes incesantes. Un modo de expresar que Dios nunca ha dejado de solicitar a su pueblo una respuesta que renueve la alianza perpetua e inquebrantable que con él había establecido.

En todas las culturas el don es algo así como una amable provocación a la amistad y la alianza, razón por la que la práctica del don requiere involucrarse en la delicadeza de las formas ceremoniales, un modo respetuoso, pero grave, de interpelar, de ofrecer y reclamar amor. Algo que, por otro lado, resulta patente en todas las formas de cortejar conocidas y en multitud de formas de llevar adelante la relación social, que nada tienen que ver con lo utilitario. Una idea que vuelve aparecer de muchos modos en los evangelios a la hora de plan-

³ Cfr. HENAFF, M., *Le Prix de la vérité, le don, l'argent, la philosophie*, Paris: Seuil, 2002.

tear la relación de Dios con los hombres. Basta, por ejemplo, recordar las parábolas de la invitación a las bodas, o del hijo pródigo, para tomar inmediata constancia de que el don, llamada y respuesta, es la única manera de expresar la especial relación de don-llamada que hace Dios al hombre; que constituye la razón constitutiva de su ser.

Conviene señalar que el requerimiento de respuesta que conlleva todo don, pero de modo radical el don divino, es clave para entender la libertad humana, constituye parte esencial del mismo don. Por eso, la libertad humana está toda ella orientada a ese requerimiento de respuesta. El bien del hombre reside por tanto en ese doble movimiento de aceptación y respuesta al don divino, que le permite encaminarse al logro de la plenitud de su libertad, hacia la fuente misma del don. Por el contrario, la terrible posibilidad de rechazo a responder supondría el fracaso mismo del hombre, el cerramiento destructor sobre sí mismo, que le llevaría a la angustiosa soledad del mal.

Desde la óptica del don, la esencia del hombre es haber sido invitado a participar en la plenitud de la caridad en la verdad. Algo que comienza por la acogida gozosa del don de la realidad de las cosas creadas y, de modo especial, por la acogida del prójimo. Es patente que en la vida de los hombres un enfriamiento en la caridad conlleva un oscurecimiento de la verdad; lo cual hace patente que el entrelazamiento de la verdad y la caridad constituye la esencia misma del desenvolverse de la vida humana. El camino hacia la sabiduría se inicia con el alegre asombro del descubrimiento de la insondable hondura de la experiencia del don, algo que continuamente envuelve la vida humana. Todo intento de negar la realidad de las cosas, que implica rechazar su condición de don, lleva a un alejamiento de Dios, de la naturaleza y de los hombres.

Basta consultar la historia de la filosofía para comprobar lo trágicos que han resultado todos los intentos de establecer algo así como una verdad separada de la caridad, de pretender una oposición entre la razón y el don. Unos intentos que están detrás de las ideologías, simplificaciones artificiosas y empobrecedoras de la realidad, negación del don que la mantiene en el ser.

Dicho de otra manera, la posibilidad de acceso a la verdad a través del amor es la esencia misma del don recibido por el hombre, manifestación de un amor que lo atrae e impulsa a ahondar en la verdad apenas entrevista en la realidad que nos rodea. Ésa es la dinámica profunda de la acción humana, la que lleva a la unidad armoniosa entre la inteligencia y voluntad, que se manifiesta en el crecimiento en humanidad de todo aquel que se esfuerza por andar en la verdad. Una dinámica que ya había entrevisto San Agustín al señalar la unidad

entre el conocimiento por autoridad, como es sobre todo el don de la fe, con el apetito natural de la inteligencia por adentrarse en la profundidad de ese don insondable.

Entender al hombre como don divino es reconocerle como alguien llamado a ser más, a crecer en esa espiral formada por el estrecho entrelazamiento del amor y la verdad que para el hombre se manifiesta en la realidad más inmediata que le envuelve. Significa que el encuentro con Dios, ese dar y recibir que constituye la vida diaria del hombre, se lleva a cabo, como decía San Josemaría en la famosa homilía del campus de la universidad de Navarra, «allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores...»⁴. Afirmaba así que el camino que conduce a la plenitud de la verdad y el amor se encuentra en aceptar el don de la «realidad más material e inmediata», que es donde está el Señor.

Dios desea que el hombre lo sea plenamente, que pueda darse libremente, para lo cual es indispensable que comience por amar la verdad que se esconde en las cosas y en las personas. Una actitud que resulta clave para organizar la convivencia sobre el principio de libertad, lo cual no es posible si no se acepta y se acoge el don de la presencia del otro, con sus propias opiniones y maneras distintas de ver las cosas. El camino de cada hombre hacia su perfección y plenitud pasa por el servicio a los otros hombres en el trabajo de cada día. La caridad es la clave para entender la acción humana. Sin ella no se puede explicar ese impulso que reside en lo más hondo de cada hombre de amar y ser amado de una manera auténtica y definitiva, ese deseo de unirse con la divinidad. Como señalaba san Josemaría, guiado por una intuición divina, «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra labor, de nuestro esfuerzo»⁵.

Consciente del desgaste sufrido por la palabra amor, la CV no cesa de insistir en que el amor es el otro nombre de la sabiduría (cfr. CV 2, 3 y 5). Se necesita por tanto superar el viejo prejuicio de que la inteligencia y el amor pueden vivir por separado. Únicamente desde la perspectiva del don es posible abrir una nueva vía que lleve a ensanchar y ahondar en el concepto de razón. Sólo entonces será posible una nueva mirada al hombre y al mundo pu-

⁴ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1968, 172-173.

⁵ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, Madrid: Rialp, 1974, n° 48.

rificada por la caridad. Sin olvidar, por otro lado, que es la esperanza la que sostiene la razón y le da fuerza para orientar la voluntad.

Ciertamente que el camino que señala la CV (cfr. CV 8, 9 y 34) no es fácil, ya que requiere recuperar el sentido del don, es decir, recuperar para la vida intelectual el insondable misterio de la caridad. Se hace necesario un renovado empeño para librarlo de las deformaciones que ha sufrido, que lo han hecho irreconocible o incomprensible, para volver a situarlo en la fuente misma del conocimiento humano. Mientras tanto, la verdad no podrá brillar en todo su esplendor, quedará necesariamente relativizada, y el conocimiento permanecerá débil y fracturado.

La adhesión a los valores del cristianismo no sólo es algo útil, sino fundamento imprescindible para la construcción de una buena sociedad, para un verdadero y pleno desarrollo humano. Desvinculado de este modo de entender la profunda y misteriosa unidad de la verdad con la caridad, el cristianismo podría quedar reducido a buenos sentimientos, que indudablemente contribuirían a facilitar la convivencia, pero nunca dejarían de ser marginales.

III. EL SENTIDO HUMANO DEL DESARROLLO

Trataremos ahora de exponer las líneas básicas del concepto de desarrollo que se puede alcanzar a partir del enfoque del hombre desde la experiencia del don. Como un indicio de por dónde quiere transcurrir esta exposición, adelantaremos que resulta clave la afirmación que se hace en la CV de que la causa del subdesarrollo reside en la persistencia de una imagen deformada del hombre (cfr. CV 43, 53 y 55).

Si el hombre es entendido como don, el desarrollo humano sólo puede ser entendido como vocación, como llamada de Dios a la plenitud del amor, que se inicia en la caridad en la verdad a los demás y a las cosas, en las circunstancias más inmediatas de la vida. El desarrollo tiene su origen, por tanto, en el mismo corazón de cada hombre y se manifiesta en la ayuda mutua entre los que están más próximos, en el empeño por compartir los bienes de que se disponen.

No es posible el desarrollo a partir de un modelo de hombre como individuo cerrado sobre sí mismo, que únicamente se preocupa de su interés. De nada vale el argumento de que es cada uno el que tiene que ayudarse a sí mismo. Sin la apertura al otro no hay posibilidad de llegar a ser más, que es la vocación radical humana, con lo que muy pronto se agosta la posibilidad de te-

ner. El habitar, lo mismo que el ser, sólo es posible con otros y para otros. El que no ama nunca llegará a poseer, pues no cabe poseer para uno mismo, se daría una inversión y el presunto poseedor resultaría poseído. La verdadera posesión es fecunda y abierta a los demás, se entiende como don, como algo que sólo adquiere sentido si se pone al servicio del bien común. Es muy significativo que las cosas, los frutos de la naturaleza, se convierten en bienes cuando pueden entrar a formar parte de un patrimonio, manifestación sensible del don mutuo que constituye una familia. Sólo entonces, a través del regalo o del intercambio, esos bienes son puestos a disposición de todas las demás familias.

Si se prescinde del don, puede que haya incremento o evolución, como sucede con las poblaciones de amebas o cangrejos, pero no cabe el desarrollo, pues no es posible sin el hecho moral básico de la apertura al otro. Los animales son incapaces de desarrollo porque no aman, están cerrados sobre ellos mismos y no pueden darse, carecen del don de la palabra; en consecuencia, ni habitan, ni poseen, ni comparten, que son las fuentes de donde manan las riquezas depositadas en el corazón del hombre.

Las patentes tendencias a la globalización son una ocasión providencial para vivir con mayor intensidad la unidad y creciente dependencia mutua de todos los hombres, de tomar conciencia de que ya no es posible un desarrollo de una parte de la humanidad, que no cabe la bipolaridad Norte Sur, desarrollo subdesarrollo, sino que ahora todos estamos embarcados en la misma tarea, lograr el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres.

La dimensión mundial de la reciente crisis financiera ha puesto de manifiesto que no cabe el desarrollo para unos pocos y mucho menos limitado a lo que se podría llamar la dimensión externa del desarrollo. El propio desarrollo de los llamados países del primer mundo será cada vez más inviable si no se comprende que el desarrollo de los países más pobres es parte del suyo propio. Incluso se debe cambiar el modo de enfocar la ayuda al desarrollo, tomar conciencia de que esa ayuda se ha convertido en el nervio del propio desarrollo.

Se han demostrado falsas las actitudes «desarrollistas» de los años cincuenta del siglo pasado, cuando se sostenía que, una vez logrado un cierto nivel de vida material, de modo casi inevitable se seguiría una elevación en el nivel de vida cultural, social y política. No es cierto que una verdadera democracia, un régimen de libertades políticas, no sea posible mientras no se haya alcanzado un cierto nivel de renta per cápita. Eso sería declarar incompatible la libertad con la pobreza o, lo que es peor, sostener que la tiranía sería la vía

de acceso a una plena humanidad. Como la experiencia se ha encargado de demostrar y como la CV afirma, ha sido precisamente la promoción de los valores humanos más altos, como la religión y la cultura, lo que ha estado detrás de los verdaderos procesos de desarrollo (cfr. CV 29, 75, 77 y 79).

Precisamente porque toda acción humana es radicalmente moral, porque no cabe separar el ser del tener, conviene ser muy cuidadoso a la hora de diagnosticar las causas del verdadero y pleno desarrollo. Basta con muy poco crecimiento en el ser, como puede ser una simple mejora técnica u organizativa, para salir del atraso económico; pero si el desarrollo se redujera a eso, se produciría un cierto engaño. El verdadero desarrollo exige persistir sin desánimo en la promoción del hombre en todas sus dimensiones; pero de modo ordenado, dando primacía a lo moral sobre lo técnico y organizativo. En las causas profundas del estancamiento en el subdesarrollo persiste una falta de sabiduría, el mantenimiento de una visión parcial y muy limitada del hombre.

No hay que olvidar que la mejora técnica es la manera más básica de incrementar el ser del hombre. En consecuencia, cualquier mejora de conocimientos técnicos conlleva un impulso al desarrollo, algo patente en todo hombre y en todos los pueblos, pero ese impulso se agosta enseguida si olvida que la técnica necesita siempre de una orientación moral. No es posible un desarrollo pleno, del hombre y de todos los hombres, si se plantea como una cuestión meramente técnica, si se prescinde de la sabiduría, de la fuerza moral que reside en lo más hondo de lo humano. Puede que las aportaciones meramente técnicas al desarrollo de momento se traduzcan en una mejora en las condiciones de vida, pero si el desarrollo no va acompañado de un crecimiento en lo moral, con sus manifestaciones en lo cultural e institucional, o se estanca, o entra en un proceso de corrupción.

Con frecuencia se tiende a olvidar que el problema de la escasez no reside en lo material, sino en el desprecio a la dignidad moral de la persona humana. Por eso, a la hora de promover un verdadero desarrollo, lo primero que hay que hacer es contribuir a despejar todos los obstáculos que impiden al hombre expresarse libremente como sujeto moral, otorgarles cuanto antes el uso de la palabra, abrir los cauces de la ayuda mutua, que son esencialmente morales y políticos.

Dentro de ese objetivo orientado a lograr que el hombre pueda manifestarse como sujeto moral, resulta imprescindible el reconocimiento de la libertad religiosa. Condición sin la que no es posible algo tan básico para la dignidad humana como la libertad política, a partir de la cual se puede iniciar un

verdadero desarrollo⁶. Resulta asombroso que todavía persistan actitudes de lo que se podría llamar «fundamentalismo tecnocrático» que pretenden llegar a la libertad política a través de la técnica, mediante la difusión de una especie de indiferentismo o escepticismo religioso generalizado.

Conviene, por último, no olvidar que el desarrollo es reversible, puede caminar hacia delante o hacia atrás, en paralelo con lo que puede acontecer con la condición moral de cada pueblo. Sería una insensatez por parte de los pueblos desarrollados considerar su situación presente como definitivamente consolidada e irreversible. En este sentido constituye una muy grave amenaza al desarrollo la difusión de una mentalidad antinatalista, expresión directa de la mentira y la muerte, del odio a Dios y al hombre. Sin la disposición a acoger la vida en su manifestación más débil, cuando se encuentra en el seno materno, bajo el corazón de su madre, el desarrollo humano resultaría inviable.

IV. CLAVES PARA UNA VISIÓN MÁS PLENA DE LA ECONOMÍA

Como consecuencia de lo expuesto en los dos apartados anteriores, trataremos ahora de exponer algunas conclusiones que pueden ser importantes a la hora de elaborar las bases de una comprensión mejor y más plena de la economía.

La primera de esas conclusiones es que, para entender en toda su hondura el problema económico que, no se puede olvidar, es una dimensión de la acción humana, no basta con una lógica fría, separada del corazón, incapaz de comprender lo que Pascal llamaba las razones del corazón. Si se quiere llegar a entender mejor el sentido de la acción humana, hace falta hacer un esfuerzo por superar el enfoque que podríamos llamar formalista de sus motivaciones. Creo que en esa dirección apunta lo que afirma la CV de que la sabiduría, el saber que orienta el hacer, es el otro nombre del amor (cfr. CV 3, 4 y 5). En un plano más inmediato y operativo se trata de dar entrada en la teoría económica a esa innegable realidad humana que es el amor.

No es que el amor haya estado hasta ahora totalmente ausente del pensamiento económico y social, sino que se le ha tenido por un sentimiento irra-

⁶ En relación al tema del fundamento de la libertad política en la libertad religiosa se puede consultar RHONHEIMER, M., *Cristianismo y laicidad. Historia y actualidad de una relación compleja*, Madrid: Rialp, 2009.

cional⁷, que, como tal, sólo podía permanecer oculto en el submundo de la mecánica de las pasiones, que, por supuesto, ha sido considerado opaco a la luz de la razón. Se pensaba que sólo de ese modo sería posible disponer de una especie de «inteligencia pura», separada del amor, con la que analizar algo así como una «lógica disecada» de la acción humana. Eso es lo que comparece en muchos de los llamados «modelos del agente económico», donde no se tarda en comprobar que, bajo la apariencia de un supuesto cálculo objetivo o neutral de las consecuencias de la acción, se esconde un «amor deforme», surgido de una visión estrecha de la verdad del hombre⁸.

En este sentido, dentro de lo sugerido por la lectura de la CV (cfr. CV 6, 35 y 36) creo que una importante línea de investigación que permitiría llegar a un modelo más completo del sujeto económico sería estudiar la relación entre don y contrato, que constituye un binomio clave para ahondar en el funcionamiento del vínculo social. Una investigación a partir de la cual se podría alcanzar una mejor comprensión de cómo en el plano de lo económico se articulan la alianza y la organización, lo cual, en último término, reflejaría la unión de la caridad con la justicia.

Ha sido precisamente el estudio del nuevo y prometedor campo de la «economía de la organización»⁹ el que ha puesto de manifiesto la incapacidad del contrato por sí solo para explicar la dinámica de la creación de riquezas. Los contratos no pueden ser plenamente eficaces sin el apoyo de ese denso entramado de alianzas implícitas que brotan y se alimentan de la disposición de entrega generosa de los que se relacionan por medio de ellos en las organizaciones y mercados. Un entramado que hasta ahora había pasado oculto, pero que se empieza a reconocer bajo el nombre de «capital social», y con el que se pretende designar el conjunto de relaciones de confianza, fiabilidad y respeto mutuo que son indispensables para el mantenimiento y desarrollo de la convivencia civil.

⁷ A. Comte quiso dar entrada al amor, como único modo de dar unidad a la visión objetiva que las ciencias tienen de las cosas, pero como había rechazado la posibilidad de la metafísica y no veía el modo de reconocer la verdad en el amor, acabó por confundir el amor con un sentimentalismo, con un falseamiento del amor, justamente criticado y rechazado por J. S. Mill, entre otras cosas, porque implicaba la misma objetividad de las ciencias.

⁸ Una interesante revisión de los más recientes modelos del sujeto económico se puede ver en DAVIS, J. B., *The Theory of the Individual in Economics: Identity and Value*, Londres: Routledge, 2003.

⁹ Para este tema ver MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA, M. A., *Dirigir empresas: de la teoría a la realidad*, Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2005.

De hecho, se ha podido comprobar que los mercados y las organizaciones no pueden mantenerse por sí mismos, que necesitan apoyarse por lo menos en una ideología. En este sentido, no sólo son incompatibles con la gratuidad, ni sólo comparece en un ámbito ajeno y posterior, sino que está implícita en sus propios fundamentos, viene exigida por la propia dinámica económica. Por desgracia no son raras las veces que esa imprescindible gratuidad es arrancada de modo falaz, sorprendiendo la buena voluntad de la mayoría de los que participan en la creación solidaria de las riquezas. En cualquier caso es cada vez más patente que el intercambio y el contrato no serían posibles sin esas expresiones de fraternidad, de gracia, de ayuda mutua, que envuelven las relaciones humanas. Se hace por tanto importantísimo llevar a cabo un estudio de cómo se articula el don y el contrato, de modo especial en el caso gravísimo de los contratos laborales, en los cuales, si se prescindiera de la dimensión de gratuidad, entraría en quiebra la razón económica misma.

Ha sido precisamente ahora, a comienzos del siglo XXI, cuando se ha caído en la cuenta de la necesidad del don como fundamento de la ciudad, algo que ya había señalado Aristóteles, quien se había dado cuenta de que la ciudad había surgido de la superación de pactos y alianzas entre familias, alimentados por la continua práctica del don ceremonial. Una superación que trajo consigo la aparición del contrato y el intercambio, que pasarían a ser la relación típica de las ciudades. Todo parecía indicar que la práctica pública del don había quedado sustituida por el intercambio privado de bienes. Esto había sido así porque la unidad de la ciudad quedaba asegurada por la ley, por la constitución de la autoridad política. Se hizo entonces posible el paso desde la justicia vindicativa a la justicia arbitral, bajo la ley, que hace posible la realización de los intercambios y los contratos. Pero, hasta hace bien poco, se había pasado por alto que Aristóteles había señalado que la ciudad misma era un don mutuo, surgida de esa especie de institucionalización de la práctica del don ceremonial que es la ley. En un comentario muy breve, afirma que en el centro de la ciudad tenía que estar el altar de las Gracias, «para que haya retribución, porque esto es propio de la gratitud: devolver un servicio al que nos ha favorecido, y, a su vez, tomar la iniciativa para favorecerle»¹⁰.

El espíritu del don ha estado oculto, pero de ningún modo ausente de la economía, pues en tal caso la sociedad habría colapsado. Se oculta en el res-

¹⁰ ARISTÓTELES, EN 1133a.

peto a la ley, en ese ámbito de distribución de bienes que se practica en la familia y con los amigos, pero también en la empresa y en las relaciones laborales. Es lógico que no sea tan directamente visible en el mercado ya que por su propia naturaleza está más orientado al contrato, al intercambio, cuyo fundamento es la equivalencia. Pero conviene no olvidar que la misma ley es un don mutuo. Por eso la gratuidad no puede surgir de la ley, ni se puede imponer por ley. El don, el reconocimiento, respeto y admiración hacia el otro es la base que sustenta al intercambio y el contrato. Aunque la ciudad sea primera en el orden de los fines, conviene no olvidar que es el don mutuo de las familias el que hace posible la ciudad. Podría decirse, por tanto, que el mercado necesita moverse entre la familia y la ciudad, entre el don y el contrato.

Otra conclusión muy importante del enfoque del hombre como don es que ha permitido un cambio profundo en el modo de entender la empresa. Han sido precisamente las dificultades para explicar la naturaleza de la empresa desde la muy estrecha perspectiva del contrato las que han abierto una nueva y fructífera vía de entender la empresa desde la perspectiva del don y la alianza. Un planteamiento al que han contribuido en no poca medida los trabajos de O. E. Williamson, premio Nobel de Economía del año 2009, sobre las posibilidades y limitaciones de las teorías contractualistas de la empresa¹¹. De este modo se ha abierto un camino muy fructífero para entender la economía desde la empresa, como compromiso mutuo en el desarrollo de un bien común.

Ha sido precisamente en el ámbito de la teoría de la empresa, donde más encaja el concepto de desarrollo que hemos expuesto en el apartado anterior, donde se hace más evidente que la génesis de la riqueza o valor económico es inseparable de un enfoque donde prime la experiencia del don. Cada vez son más numerosos los enfoques de la empresa donde se reconoce abiertamente que la empresa sólo es posible si se tiene en cuenta el desarrollo pleno de todas las personas que la integran. No es posible llevar adelante el proceso de creación y reparto de riqueza si en el fundamento mismo de la empresa no existe una disposición de donación mutua de los que participan en el mismo proyecto.

Resulta cada vez más insostenible la postura de quienes, de modo abierto, insisten en mantener la idea de la economía como conocimiento autóno-

¹¹ Sobre este tema ver MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA, M. A., *Dirigir empresas: de la teoría a la realidad*.

mo, situado más allá de lo que consideran ingerencias de carácter moral. No basta con el enfoque reduccionista de los que pretenden verlo todo desde la estrechez de lo meramente económico y tecnológico. Para entender la economía en toda su hondura humana se hace cada vez más necesaria una apertura al fin al que el hombre ha sido llamado. Lo cual sólo es posible si se admite que existe un apuntamiento a un fin que desde el principio está destinado a ser trascendido. Si por el contrario se decide imponer un cerramiento a esa cadena de fines, la economía se deshumaniza y acaba por hacerse operativamente imposible.

Bibliografía

1. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea; Ética Eudemia*, Madrid: Gredos, 1988.
2. BENEDICTO XVI, *Dios es amor. Carta encíclica «Deus caritas est»*, Madrid: BAC, 2006.
3. BENEDICTO XVI, *Carta encíclica «Spe Salvi». Sobre la esperanza cristiana*, Madrid: Palabra, 2007.
4. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica «Caritas in veritate». Sobre el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad*, Madrid: Palabra, 2009.
5. DAVIS, J. B., *The Theory of the Individual in Economics: Identity and Value*, Londres: Routledge, 2003.
6. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1968.
7. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, Madrid: Rialp, 1974.
8. GILLESPIE, M. A., *The Theological Origins of Modernity*, Chicago-Londres: The University of Chicago Press, 2008.
9. HENAFF, M., *Le Prix de la vérité, le don, l'argent, la philosophie*, Paris: Seuil, 2002.
10. MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA, M. A., *Dirigir empresas: de la teoría a la realidad*, Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2005.
11. RHONHEIMER, M., *Cristianismo y laicidad. Historia y actualidad de una relación compleja*, Madrid: Rialp, 2009.